

# “José Martí: entre la crónica y la oratoria. Dos puntas de un mismo ovillo”

“José Martí: between the chronicle and the oratory.  
Two ends of the same ball”

MARÍA CAROLINA BERGSE

CELEHIS, Universidad Nacional de Mar del Plata

Argentina

ORCID: 0000-0001-7053-3003

bergesecarolina@gmail.com

Recibido: 17/4/2022

Aceptado: 15/6/2022

**Resumen:** El artículo recupera una serie de crónicas de José Martí centradas en diferentes personalidades de la cultura del *fin de siècle*, que se destacaron por su oratoria. El objetivo es repensar la figura martiana en el entramado de estas dos prácticas discursiva: la crónica y la oratoria. De esta manera, indagaremos cómo el enunciador analiza, define y destaca a los oradores de su época, en tanto que él mismo se posiciona y se perfila como uno de ellos, creando así una suerte de galería personal inscrita en diferentes medios, por lo general, de Latinoamérica.

**Palabras clave:** José Martí; crónica; periodismo; oratoria.

**Abstract:** The article retrieves a series of chronicles by José Martí focused on different personalities of *fin de siècle* culture, who stood out for their oratory. The objective is to rethink the figure of Martí in the framework of these two discursive practices: the chronicle and the oratory. In this way, we will investigate how the enunciator analyzes, defines and highlights the speakers of his time, while he positioned himself and profiled himself as one of them, thus creating a kind of personal gallery inscribed in different media, usually, of Latin America.

**Keywords:** José Martí; chronicle; journalism; oratory.



El escritor cubano José Martí residió en Nueva York, entre 1880y 1895, y fue cronista de diferentes diarios estadounidenses: *The Hour*, *The Sun*,y latinoamericanos: *La Opinión Nacional* de Caracas, *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, entre muchos otros. El autor tuvo la capacidad de distanciarse y analizar diferentes aspectos de la vida moderna de ese país. Este aspecto se manifiesta, por ejemplo, en la carta inconclusa que dirigió a su amigo mexicano Manuel Mercado, el 18 de mayo de 1895, un día antes de su caída en combate por la independencia de la isla, donde afirmó sobre su estadía en los Estados Unidos: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas” (OC 4: 168). En este trabajo, nos interesará abordar dos prácticas discursivas fundamentales para entender la figura de José Martí: la crónica y la oratoria. Observaremos cómo se imbrican ambas y tomaremos como eje del análisis un corpus de crónicas en las que el enunciador coloca el ojo y el oído en diferentes figuras centrales de la cultura norteamericana y europea que ejercieron una fuerte influencia en su propia práctica como orador.

La crónica modernista latinoamericana se constituye para Rubén Darío como “un laboratorio de estilo” (Rotker, 1992: 96), que configura un espacio de experimentación, un entramado complejo, en donde se cruzan el discurso literario y el periodístico. Según la definición de Susana Rotker, “la crónica se concentra en detalles menores de la vida cotidiana y en el modo de narrar. Se permite originalidades que violentan las reglas del juego del periodista, como la irrupción de lo subjetivo” (1992: 200). En este sentido, José Martí imprime en esta modalidad discursiva lo que Fina García Marruz llamó la “prosa poética” (1969: 279) o lo que más tarde Julio Ramos caracterizará en las crónicas martianas como ejercicio de *sobreescritura*, o sea la estilización de la escritura informativa (1989: 110). Esta decisión no es simplemente un juego de estilo, sino que implica un posicionamiento frente a la realidad que incluye re-armar y re-narrativizar, a partir de una mirada distanciada de los hechos. Muchas de estas estrategias pueden observarse y analizarse en paralelo con las piezas oratorias que se han recuperado en forma escrita, como afirma Ariela Schirmmajer en su estudio sobre algunas crónicas martianas, el peso de la oratoria en sus crónicas se observa incluso en la configuración de la voz del cronista (2017: 31).

Con respecto a su labor como periodista, al vivir en los Estados Unidos, Martí recibía la información que venía muchas veces desde Europa y escribía sus crónicas solo con unos pocos datos. Él mismo expresó esa singular situación en la crónica de

temática europea el 18 de octubre de 1881 para *La Opinión Nacional*, es decir, puso en escena las condiciones de producción de sus textos periodísticos desde el mismo lugar material en que los producía:

¿Qué ha de hacer el cable, ni qué ha de hacer el corresponsal, sino reproducir fielmente, por más que parezca tenacidad de la pluma, o del afecto, los ecos del país de que la palabra alada surge, serpea por el mar hondo, ve los bosques rojos, los árboles azules y las llanuras nacaradas del seno del Océano, y vienen a dar en las estaciones de telégrafo de Nueva York, donde hambrientas bocas tragan en el piso alto y llevan por sus fauces de bronce al piso bajo los telegramas, que van a dar cada mañana a los lectores nuevas de lo que acontecía algunas horas antes en Europa? (OC 14: 163).<sup>1</sup>

En este fragmento observamos la imagen moderna del periodista que, frente a las noticias que llegaban por cable, debía enunciarlas a la distancia y sin la experiencia directa. El cable, como animal marino monstruoso que atravesaba las aguas hasta llegar al otro lado del continente, solo traía “ecos” de los sucesos, el aleteo de esa “palabra alada”. En esta crónica, el enunciador puso en escena el trabajo del periodista, el material con el que elaboraba los textos: elementos efímeros y mediados, en especial si la temática se refería a esas piezas oratorias. En ese mismo período, Martí escribió una serie de crónicas para *La Opinión Nacional* sobre los debates parlamentarios que se estaban sucediendo en España. Una de ellas se tituló “Gran debate parlamentario.”Castelar, Cánovas y Sagasta” (26 de noviembre de 1881). En el título ya encontramos los apellidos de los tres oradores españoles que luego describirá:

Teatro ha sido de grandezas y ruindades, en estos días últimos la casa famosa. Oíanse hoy como los golpes sonoros y recios de una maza de plata en casco abollado,” y era Martos que hablaba; y se vieron luego como llamas volantes y columnas de humo de colores, y aves fantásticas de asiático plumaje, y pálidos geniecillos de crepúsculo revolotear por el agosto

---

<sup>1</sup> Cada vez que citemos textos de José Martí, colocaremos el número del tomo de las *Obras Completas*, publicadas por la Editora Nacional de Cuba y digitalizada por el Centro de Estudios Martianos.

anfiteatro,”y era el discurso triste, ondulante y cadencioso de Castelar desalentado; y luego pareció que un oso despedazaba entre sus brazos colosales a un jilguero,”y era Cánovas que con implacable seguridad analizaba la política inquieta de Sagasta;”y semejó después que una astutísima zorra se deslizaba por entre las garras del oso robusto, áspero y corpulento como un monte, y puesta fuera de su alcance, movía como en tono de reto los maliciosos ojos, en tanto que disponía los ágiles pies a nueva fuga,”y era el discurso de réplica de Sagasta, flexible, impalpable, luciente, ágil como hoja de acero florentino. (OC 14: 245-246)

Nos interesa con esta cita presentar la mirada que Martí tenía de estos oradores que, seguramente en su estadía española había escuchado, pero que ahora, desde Norteamérica, debía reconstruir, ya que aquella escena no había sido vista ni escuchada por el enunciador. Por lo tanto, éste construyó una escena imaginaria de lo acontecido en el parlamento. En esta ocasión, creó una imagen sonora y visual, al emplear un campo semántico relacionado con el mundo animal: “aves fantásticas”, “osos”, “jilgueros”, “zorros”, pero también seres sobrenaturales como los “pálidos geniecillos.” En este pasaje, el enunciador se detiene en la forma y el tono, en vez de mencionar el contenido de los discursos. Como en las escenas propias de las fábulas, cada animal encierra una simbología y un valor, por lo cual la imagen cobra sentidos altamente codificados. Resaltamos las construcciones relacionadas con el fuego y con lo etéreo del genio, a propósito de Martos, porque en ellas encontramos una figuración recurrente en la concepción de oratoria martiana, como veremos más adelante. De Sagasta, por otro lado, el enunciador construye la descripción por medio de la adjetivación, al destacar el carácter “flexible, impalpable, luciente, ágil” de sus palabras, características que valoraba en los oradores, en tanto capacidad dinámica de las palabras enunciadas. El símil del final de la cita: “ágil como hoja de acero florentino”, además, funciona como metonimia de la espada, elemento de combate que Martí usó para definir, incluso, la palabra poética.<sup>2</sup>

Por otro lado, en algunas de sus crónicas, cuyos temas se sitúan en distintos aspectos de la vida cotidiana de la ciudad de Nueva York, podemos encontrarnos

---

<sup>2</sup>Se puede rastrear esta imagen en el poemario *Versos sencillos*, como en el poema V: “Mi verso, breve y sincero,/ es del vigor del acero/ con que se funde la espada”(OC 16: 72)

breves descripciones o semblanzas, en las que el enunciador trazó una suerte de mapa de los actores sociales que se destacaron por su virtuosismo verbal. En ellas descubrimos de cuáles oradores se distanció, a cuáles criticó y en quiénes se vio reflejado, ya fuese en sus prácticas como en su ética social. Recordemos que la prensa, y en especial la crónica, tenía una función central en la construcción de las nacionalidades. Por lo tanto, merece destacarse la función educadora y racionalizadora que se desplegaba en sus textos. Este género, altamente referencial y temporal, requería de los modernistas una actualización constante de los hechos que sucedían en su entorno y, a la vez, un recorte de esa realidad. Por ejemplo, como señala Susana Rotker: “En Nueva York no había unanimidad ante el valor de los autores ensalzados por Martí –Emerson, Whitman, Longfellow, Whittier”; también allí el acelerado y cambiante ritmo del fin de siglo traía su impronta” (1992: 147). Acerca de este punto nos interesa pensar, entonces, que la selección de los oradores que Martí decide incluir en sus crónicas no respondía a un carácter azaroso o solamente coyuntural, sino que implicaba una cuidadosa elección, en función del público al que se dirigía, de los valores que deseaba transmitir a la comunidad latinoamericana y de los referentes a los cuales quería emular, ya fuese por sus características enunciativas como por su labor pública. En este sentido, como afirma Ariela Schnirmajer, “el cronista efectúa una *relectura selectiva* de diversos universos culturales” (2017: 18).

En la crónica publicada en *La Nación* el 15 de enero de 1885, desarrolló un estado de la cuestión sobre la oratoria norteamericana y analizó la decadencia de esa práctica, a partir de una pregunta retórica que invitaba a reflexionar sobre ella: “¿Qué tienen los oradores americanos de este tiempo, que ni sus nombres, ni sus discursos, salen afuera?” (OC 10: 149). Este cuestionamiento pone en escena una situación particular de los oradores, por lo general representantes norteamericanos, ya no eran personalidades notables ni admirables para el público, ni atravesaban a su auditorio con sus palabras, sino que se habían convertido en simples lectores de discursos. En un segundo momento, presenta las causas de ese fenómeno a partir de dos aspectos: el primero hace referencia a la forma del discurso, al dar cuenta de las excusas de los oradores ante el temor de que se los catalogaran como “romancescos e inexpertos”, si éstos se dejaban llevar por la “elocuencia airosa”; el segundo aspecto tiene en cuenta el contenido, al considerar ineficaces sus discursos, por cuanto esos políticos no tenían que convencer a nadie y no tenían nada nuevo que decir.

Luego de esta reflexión, este agudo observador de las formas oratorias, hace un repaso de los grandes oradores del pasado de ese país y los contrasta con los modernos. Finalmente, concluye con una exclamación que encierra una simbología que recorrerá todos los escritos referentes al tema: “¡Oh, oratoria, león encendido!” (OC 10: 152). El león es para la simbología martiana, dentro de la jerarquía de los animales nobles, el que representa “al genio creador, pasión, energía y majestad” (Schulman, 1970: 251), y es en sus textos un *leit motiv* que concentra semánticamente los valores positivos de los oradores.

Entre las personalidades que Martí destacósobresale la figura del orador norteamericano Wendell Phillips (1811-1884). El cubano le dedicó dos crónicas en exclusiva, lo nombró en más de diez y, en la carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui del 1 de abril de 1895, conocida como el “Testamento literario de José Martí”, mencionó que tenía su retrato colgado en su oficina. Este gesto nos permite formarnos una idea de cómo lo consideraba un referente tanto por su oratoria como por su carácter ético, si tenemos en cuenta el rol que jugó en la lucha contra la esclavitud en Norteamérica. Sin duda, el hecho de que Martí tuviera su imagen presente en su oficina ubica a esta figura en un lugar semejante al de un familiar, un ídolo o un santo. En cualquier caso, una figura modélica.

La primera de las crónicas se titula “Wendell Phillips” y fue publicada en febrero de 1884 en *La América* de Nueva York y se abre con una frase que nos revela un punto fundamental para enlazarla con la figura y las preocupaciones martianas. Afirma que los oradores: “Nacen de un gran dolor, de un gran peligro, de una gran infamia” (OC 13: 57). La oración, cargada de un ritmo insistente generado por la repetición de la forma sintáctica, presenta el nacimiento, el germen de un orador en tres sustantivos unidos por la connotación trágica y la noción de peligro, cuestión central en la matriz latinoamericanista. Nuevamente, en esta crónica se establece una relación comparativa entre los disertantes y el león: “los oradores, como los leones, duermen hasta que lo despierta un enemigo digno de ellos” (OC 13: 57), entonces, estas figuras se transforman en guardianes, en símbolos del valor y la justicia que protegen y pueden ser capaces de levantarse con un ímpetu y una fuerza inusitadas. Describe, además, a esta personalidad política con una serie de expresiones magnificentes: “una ola encendida”, “una grieta enorme”, “un gigante celestial” que, mediante imágenes de dimensiones hiperbólicas, dan cuenta de una inmensidad

difícil de pasar inadvertida. Concluye su crónica caracterizando, por medio de una enumeración de adjetivos originales, la capacidad persuasiva de su palabra: “Y ésa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tundente, aristofánica” (OC 13: 62). Con esta síntesis, Martí logra describir el efecto de la oratoria moderna, como la agudeza y el filo propio de un arma, el carácter pasional, la previsión, el efecto en el público y, nuevamente, la referencia clásica que impregna su discurso.

Por otro lado, en la crónica dedicada a la muerte del orador estadounidense, publicada el 11 de febrero de 1884 en *La Nación* de Buenos Aires, exclama que sus palabras eran un “taller de alas”. La metáfora nos presenta un campo semántico vinculado con la idea de trabajo con el lenguaje y, a la vez, se refiere al vuelo, la inspiración y la libertad, que se expresan en la sinécdoque del sustantivo “alas”. Por otra parte, esta imagen entra en consonancia con un texto metadiscursivo que aborda la temática y lleva como nombre “Notas sobre la oratoria”. Estos apuntes se corresponden con sus actividades culturales en el Liceo de Guanabacoa de La Habana, entre los años 1878 y 1879. Allí Martí expresa en breves líneas los aspectos que consideraba más relevantes a la hora de pronunciar los discursos: “Cuando se asciende a la tribuna [...] tiende el alma su vuelo poderoso, lo único que pesa se hace ave que vuela; calienta la lengua una especie de fuego sibílitico; truécase el hombre en numen, y anonada, convence, reivindica, destruye, reconstruye, exalta, quema” (OC 19: 449). Como puede observarse, el campo semántico relacionado con el vuelo es una constante para referirse a la práctica. El carácter profético y las acciones que aquí se enumeran resultan significativas a la hora de pensar al orador, pero también al receptor que se ve interpelado por su vuelo y el fuego que lo inflama.

En la crónica que estamos analizando, el enunciador personifica en la imagen de Wendell Phillips todos los atributos del orador ideal, de quien proclama tres valores altamente significativos: el amor al sacrificio, la perfección humana y la voz como “arsenal”. En el final, busca expresar la dualidad de su discurso: por un lado, la dureza de sus palabras, las verdades dolorosas que pronunciaron sus discursos y, por otro lado, la forma elevada y serena con que las manifestaba. Esta idea se concentra en la metáfora: “Garra era de león, forrada en guante. Implacable era y fiero, como todos los hombres tiernos que aman la justicia” (OC 13: 70). Nuevamente, la imagen del león irrumpe en el discurso como un animal que simboliza la fuerza y la fiereza, pero también la lealtad y la belleza, características centrales del idealismo martiano.

Asimismo, en el uso del pronombre “todos”, este autor se inserta en esta suerte de linaje/raza de oradores que conjugan la palabra agonística, la polémica, y los valores éticos vinculados a la justicia y la verdad, pero sin olvidar la importancia del lenguaje como recurso insustituible para transmitir estos mensajes.

Otra figura que Martí nos presenta en sus crónicas es la de Roscoe Conkling (1829-1888), que opera como una contrafigura moral de Wendell Phillips. El 25 de abril de 1888, escribió para *La Nación* de Buenos Aires un texto sobre su muerte. En la semblanza de su vida política los contrastaba así: “a Conkling no lo sedujeron, como al generoso Wendell Phillips, las delicias secretas y premios ocultos de defender a los humildes, sino las pompas de: combate ostentoso en las asambleas donde el poder es el premio de los que encuentran en ellas séquito fácil” (OC 13: 177). Sin embargo, destaca la forma de expresarse: “Su oratoria era fastuosa y rizada como su cabellera, ya resonante y con visos de carmín y oro, como aquellos clarines de pendón carmesí que paseaban en las fiestas feudales de a caballo, ya incisivas y ligeras como un puñal con alas” (OC 13: 176). Esta descripción apela a los sentidos para transmitir a sus lectores latinoamericanos el color de sus palabras y el efecto auditivo. El uso de cada comparación marca los matices de su particularidad y, al mismo tiempo, en cada definición el enunciador desliza su opinión al respecto. Por ejemplo, a modo de verso suelto o aforismo, entre párrafo y párrafo, desliza la definición: “El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido al sentimiento generoso o a la idea eterna” (OC 13: 177). Esta apreciación se conecta con la frase que inaugura el texto “Notas sobre la oratoria”: “Orador sin instrucción es palmera sin aire” (OC 19: 449). En consecuencia, el saber, la idea o el sentimiento honrado son los valores que fundamentan la palabra martiana, ya que permiten que esas palabras logren su objetivo. De esta manera, encontramos un recurso que podemos observar en paralelo entre las dos prácticas discursivas: el uso del aforismo o de frases cortas con un fuerte efecto discursivo es una de las marcas tanto de las crónicas como de su oratoria. Un ejemplo claro de ellos lo observamos en el discurso ofrecido en homenaje a Alfredo Torroella, donde entrelaza aspectos de su biografía con sentencias del estilo: “La única ley de la autoridad es el amor” (OC 5: 84). En este caso, la elección de incorporar este tipo de frases en el interior del párrafo o como remate de un pasaje extenso permite crear en los espectadores un cierto efecto dramático. En las crónicas, esta incorporación hace que el lector también suba o baje la intensidad de la lectura y sienta esa textura oral en la escritura.



Otro aspecto significativo para entender la influencia de la oratoria norteamericana en la producción martiana es reconocer la importancia que tuvo para el país del norte la oratoria religiosa protestante. En la crónica fechada el 4 de marzo de 1890 y publicada en *El Partido Liberal* de México, el cronista cuenta detalladamente cómo eran los encuentros en la iglesia de la Trinidad. La catedral neogótica era un espacio político destacado de la cultura neoyorkina, un centro de internas políticas y noticias. Expresa el enunciador: “A las doce, en el corazón del día, eran los sermones, y ya a las once no había asiento en la iglesia. El diario, por la mañana, traía el elogio del sermón del día anterior” (OC 12: 416). Aquí nos interesa señalar cómo en la crónica se describe la circulación de la noticia y se nos muestra el entretelón, es decir, la forma en que lo que se decía en los sermones y lo que ocurría allí era reproducido, ampliado y polemizado en el periódico. El enunciador martiano construye una escena en la que asistir al sermón del mediodía tenía el mismo valor social y cultural que ir al teatro, por esta razón, el cronista coloca el ojo en los rostros, las vestimentas y los movimientos de los asistentes al encuentro. Estas imágenes revelan una escena dinámica de la vida urbana moderna, en el que el discurso oral reviste una importancia central en la cotidianidad de los nuevos tiempos. Incluso, el enunciador nos ubica espacialmente en el lugar en donde se sentaban los periodistas en la catedral: “Ya la iglesia está henchida: y los periodistas afilando los lápices, de codos en sus mesas. Las mesas de los periodistas están de cara al púlpito, en el camino de la puerta al altar” (OC 12: 417). La puesta en escena dentro de la crónica pone en valor la importancia que tenían estos textos orales y cómo la figura del periodista, descrito por medio de acciones corporales, era central en la circulación de las ideas que allí brotaban.

En su rol de corresponsal, entonces, Martí asistió a esos eventos y a la vez se sintió fascinado por las piezas oratorias que allí se pronunciaban. En el texto mencionado analiza la figura y el sermón de Phillip Brooks (1835- 1893), a quien describe como un: “hombre gigantesco, que habla como si derramase las palabras sobre el corazón, con un arte que a la vez manda y suplica, y abundancia de voces que parece descargar de catapulta” (OC 12: 415). El carácter hiperbólico del cuerpo y la metáfora bélica del poder de sus palabras nos obliga a imaginar un tipo de oratoria fuerte, incluso polémica. En esta crónica presenta no solo el sermón en sí, sino que pone en escena el efecto de los sermones en la sociedad. Por ejemplo, presenta pequeñas historias mínimas, en que la voz del sacerdote trastoca la vida de los transeúntes, es

el caso de un curioso que: “le oyó la voz de lejos, desde donde no lo podía ver, ni le entendía las palabras, y al volver a su oficina, se echó en un sillón llorando” (OC 12: 418). Ser parte de esas escenas, recuperar las voces y palabras que se sucedían en ese espacio tan particular también constituyó una influencia para él, pues Martí supo evaluar diferentes formas de pronunciar discursos e incluso de conducirse éticamente.

En esta línea mencionaremos a otra figura que Martí nombraba reiteradamente en sus crónicas. Nos referimos a Henry Ward Beecher (1813-1887), párroco de la iglesia de Plymouth. A él le dedicó varios textos y, además, en su *Cuaderno de apuntes* y en algunos fragmentos de sus discursos, encontramos el registro de su palabra, a modo de recordatorio, esbozo o borrador para su crónica. En ocasión de su fallecimiento, Martí realizó un retrato detallado del pastor y de su influencia en la cultura norteamericana. Uno de los actos más relevantes de esta figura fue la apertura de la iglesia a los congresistas que abogaban por la abolición de la esclavitud. En esas ocasiones, este orador solía invitar a escuchar la voz de los esclavos, para que contarán su historia. En el obituario, publicado el 2 de abril de 1887 en el periódico *El Partido Liberal*, Martí describe la forma y el modo con que el párroco de Plymouth pronunciaba sus discursos: “Era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro; defendía, con pujanza de león, la dignidad humana; se le abrasaba el corazón de libertad” (OC 13: 35). Nuevamente, la imagen simbólica del león aparece identificada con los valores éticos del orador y construye su imagen con características vinculadas con la libertad, la dignidad y el amor. Estos temas universales atraviesan el ideario martiano en directa relación con su labor independentista. Además, emplea metáforas y comparaciones con elementos tomados del mundo natural para esbozar y tratar de transmitir a los lectores latinoamericanos el color y timbre de su voz: “y con una oratoria que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la aurora” (OC 13: 36). Este encadenamiento de imágenes asociadas al modernismo, con su sonoridad característica, marca un perfil de orador centelleante, atractivo para su auditorio. En todo el texto se reitera la imagen omnipresente del fuego, el carácter “llameante” de sus palabras, con las que despierta consciencias desde el púlpito.

Por otro lado, tenemos en el texto periodístico mencionado escenas de verdadera polémica discursiva, en las cuales se presenta al orador inmerso en frenéticas discusio-

nes. De esta manera, observamos que al enunciador le interesa el carácter irreverente, incluso rebelde de este predicador, tanto por las palabras que aquel empleaba como por sus intervenciones en la esfera pública. En otra crónica, fechada el 29 de octubre de 1881, caracterizó la forma discursiva de Henry Ward Beecher por medio de una serie de sustantivos: “Su palabra es azote, canto, arrebato indignado; bufonada, chiste. Ve las cosas con ojo americano [...]. Mezcla con gran fortuna los tonos nobles y los tonos bajos” ¿por qué no decir innobles?” del discurso” (OC 9: 99). En esta descripción nos interesa observar el modo en que el enunciador presenta en forma detallada los tonos del discurso, al recuperar y valorar el empleo “innoble” para atraer y conmover a ese público específico. Encontramos en esta referencia una necesidad, incluso, de discutir cuáles eran los recursos válidos para usar en el púlpito. Revaloriza, entonces, un tipo de discurso vivo, capaz de movilizar y transformar a los oyentes, ya no como una práctica “pura” o de mármol, sino más cerca de la calle, del chiste e, incluso, del insulto. Acá la oratoria se aleja de los modelos clásicos para acercarse a un tipo de oratoria más moderna y menos academicista. Una oratoria marcada por el pulso de la coyuntura, la calle y el periódico.

Al hablar de la oratoria martiana en estrecha relación con la palabra escrita periodística, no podemos dejar de mencionar la influencia, sobre la que ya numerosos críticos han advertido, de la figura emblemática del trascendentalismo norteamericano: Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Al poco tiempo de haber llegado a Nueva York, Martí escribió su obituario para *La Opinión Nacional*, un texto que resultaría el emblema del pensamiento del intelectual cubano. En él, como afirma José Ballón, “al aludir simultáneamente a dos sujetos (Emerson-Martí), sitúa al lector en una zona intermedia desde donde puede decir una y otra vez: lo que se afirma en Emerson se aplica también en Martí” (1986: 23). Más allá de enunciar la influencia que tuvo en su pensamiento y, especialmente, en sus decisiones estilísticas, como el uso de la frase versicular, de los aforismos, las analogías con el mundo natural, entre otras, nos interesa detenernos en la especial importancia que ganó la oralidad en el autor norteamericano. La mayoría de sus ensayos nacieron de una instancia de enunciación oral, por lo general, bajo la forma de conferencias. Robert Richardson, en su estudio sobre el proceso creativo de Emerson, señala que su escritura era primero un acto de habla (2011: 60) y esto se vincula, además, con su paso por el púlpito como pastor protestante. En consecuencia, se advierte en sus textos

una especial atención puesta en el público físico y en donde prima la importancia de llamar la atención de este último. No hay probabilidad de que Martí lo haya escuchado, pero sí resulta evidente que en sus escritos puede advertirse la textura oral que los precede, especialmente, en la construcción de las frases que buscan producir un efecto o un chispazo, que se da, por ejemplo, en un tipo de oración en donde la palabra final confiere a toda la oración un remate contundente.

También es interesante pensar en esas líneas de continuidad y ruptura entre las personalidades que Martí decide colocar en sus crónicas y que luego atesora e, incluso, venera como su panteón secreto. En la carta-testamento literario antes mencionada enviada a Gonzalo de Quesada y Aróstegui antes de morir, reconoció a las siguientes personalidades: “De norteamericanos: Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillip, Grant, Sheridan, Whitman” (OC 1: 27). Aquí nos detenemos a pensar en la compleja situación de enunciación desde donde construye estas tradiciones que lo sustentan, tal como lo analiza Arcadio Díaz Quiñonez: Martí “era un poeta nacionalista cubano que había vivido intensamente la modernidad de la gran metrópoli que era Nueva York, lee e interpreta la cultura norteamericana [...] piensa las tradiciones nacionales, la democracia y la utopía cubanas a la vez que deja hablar a la nueva tradición poética norteamericana” (2006: 31). En este cruce, la palabra martiana se teje, se entrama y se condiciona desde la particular situación del exilio y ofrece al público latinoamericano, desde este nuevo lugar de enunciación, un recorte singular del pensamiento más relevante del siglo XIX norteamericano.

En conclusión, a partir de estas imágenes de oradores norteamericanos y españoles, Martí puso en la escena enunciativa de sus crónicas algunos de los referentes que marcaron su producción en el mismo momento en que actuaban en sus propias sociedades. Con este registro observamos en los perfiles de políticos y predicadores, la cristalización de una imagen de orador e intelectual comprometido, en plena lucha por la libertad y por el bienestar de los ciudadanos y que pronunciaban su discurso en un entorno urbano moderno, al calor de la marcha del acontecer político-cultural. En cada expresión seleccionada y cuidada para describirlos, el enunciador se devela y entrevemos la subjetivada voz del cronista, que valoriza en ellos los rasgos simbólicos del león, el carácter elevado de las alas, la flexibilidad y la fuerza del tono, la instrucción y el saber del orador, el filo y la potencia del efecto de las palabras e incluso el poder profético de lo enunciado. Entonces, el mapeo de oradores que

efectúa en sus crónicas pudo haber tenido un doble objetivo: no solo mostrar y hacer “oír” a los latinoamericanos, por medio de la ilusión retórica, a los sujetos representantes de la cultura norteamericana o europea, sino también marcar y enseñar diferentes formas de expresarse en el púlpito o el estrado. Pero además le servía a sí mismo para delinear su propia forma de presentarse como orador, como si en cada selección ofreciera una reflexión sobre su propia práctica.

En suma, leer las crónicas martianas sobre oradores y las que tematizan el género en forma explícita o implícita nos permite pensar su producción cronística y oratoria como dos puntas de un mismo ovillo, en cuyas prácticas el autor no solo se ve interpelado, sino que hace de ellas una necesidad fundamental para sus objetivos culturales y políticos. Muchas veces, desde nuestro presente, la lectura de una crónica martiana nos invita a levantar la voz en cada frase exclamativa, a seguir su ritmo a partir de su intrincada sintaxis o hacer silencio luego de una frase breve. Su práctica oratoria parece entrometerse en los otros géneros que practicaba, haciendo de cada texto una arenga, una polémica o una voz proclamada desde un cuerpo a *viva voce*.

## Bibliografía

- Ballón, José (1986). *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*. Madrid: Pliegos.
- Díaz Quiñones, Arcadio (2006). *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- García Marruz, Fina (2011). “La prosa poemática en Martí”. *Temas martianos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- Martí, José (2002). *Obras completas*. Tomo 1, 4,5, 10, 12, 13, 14, 19. La Habana: Editora Nacional de Cuba. Edición digitalizada por el Centro de Estudios Martianos.
- Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE.
- Richardson Robert (2011). *Primero leemos, después escribimos. El proceso creativo según Emerson*. Buenos Aires: FCE.
- Rotker, Susana (1992). *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Letra Buena.
- Schnirmajer, Ariela (2017). *Ciudades, retazos ardientes. La cuestión social en Las escenas Norteamericanas de José Martí*. Buenos Aires: Corregidor.
- Schulman, Iván A. (1970). *Símbolo y color en la obra de José Martí*. Madrid: Editorial Gredos.